Proyecto Infinity - Capítulo 1

Aday Sepúlveda Henríquez

Capítulo 1

Érika (1)

Las gotas de sudor descendían velozmente desde su frente hasta sus labios, mezclándose con la tierra empapada que cubría su rostro. Era un sabor al que estaba acostumbrada, y sin embargo aún le producían náuseas. Pero lo peor eran los pies. No por el dolor, al que ya se había acostumbrado, sino por la humedad. Esa insufrible sensación de caminar sobre un océano encerrado en el fondo de sus ásperas botas. Sin duda el momento más gratificante del día era descalzarse. Después de hacerlo, limpiaba y secaba sus calcetines. El agua que salía de ellos era de color canelo, procedente de la mezcla de suciedad y sangre que brotaba de sus ampollas cada día.

«10.000 créditos en armas encima… pero no tienen para otro puto par de calcetines»

Érika los frotaba con fuerza contra la pila de lavar, utilizando una desgastada pastilla de jabón que tenía que compartir con el resto de su pelotón. Aquellos extraños conocidos se habían convertido en su única familia durante los últimos dos años, y a pesar de ello, Érika no veía el momento de perderlos de vista. La sensación de terminar la jornada y tener que volver a hacer vida con ellos le revolvía el estómago, y la presión que sentía en el pecho no le dejaba respirar. Pero todo se disipaba cuando comenzaban la ruta. En ese momento solo tenía que concentrarse en sus pasos, en sujetar su fusil de asalto molecular, y en evitar los charcos. Sobre todo evitar los charcos. Mantenerse lo más seca posible era su máxima prioridad, solo superada por hacerse con una ración de comida antes de que algún compañero se quedara con su parte.

Pero no todos los días eran tan sencillos. Si bien la mayor parte de ellos se limitaban a ir de un punto de extracción a otro, otros días tenían que hacer frente a guarniciones de la resistencia local. No eran una amenaza real. A menudo Érika pensaba en ellos como moscas que se posan en la cara y que apartas de un manotazo. Los fusiles de asalto molecular que portaban, o FAM como todos los llamaban, repartían hasta veinte manotazos por segundo, concretamente. No dejaban marca o rastro alguno, tan solo ese olor a carne quemada producido por la desintegración molecular. Intentaba no disfrutar de ese olor, pero el hambre que sentía tras días sin comer le hacía salivar.

Aquella mañana parecía rutinaria, pero hacía un sol que rajaba las piedras, y eso consolaba a Érika. Se sentía mejor con el calor. Podía sentir su energía entrando a través de cada poro de su piel. La camiseta de

tirantes color gris que se había puesto dejaba sus fibrosos brazos al descubierto, y se había remangado el pantalón hasta la altura de las rodillas. Cuanta más piel dejaba al descubierto, más energía recibía. Érika siempre se situaba a la cola del pelotón durante las largas caminatas. Odiaba la sensación de tener a alguien pisándole los talones, y sobre todo de oir las pisadas y cuchicheos de sus compañeros. Desde que era una niña, había tenido una especial capacidad auditiva. Era capaz de escuchar sonidos a una distancia que cualquier otro mortal ni siquiera notaría. El sonido del viento golpeando su espalda le reconfortaba, así como el de las ramas de los árboles agitándose. No obstante, esa mañana no hacía ni una pizca de viento, y eso desconcertaba a Érika. Era algo extraño en ese lugar, así que se detuvo unos segundos para observar a su alrededor. Érika afinó su oído y pudo comprobar cómo tampoco se escuchaban animales moviéndose entre los arbustos, como si se los hubiera tragado la tierra. Por un instante dudó de sí misma, pero el problema no estaba en sus oídos. Seguía oyendo con facilidad las insulsas conversaciones de los soldados. Algo estaba ocurriendo, pero no sabía el qué.

—¡Eh! ¡Niña! Mueve el culo, ¿quieres? No se va a mover solo.

—Me presento voluntario para movérselo, Capitán —dijo en tono jocoso uno de los soldados, provocando las carcajadas del resto del pelotón.

—Todos sabemos que no podrías ni empezar —intervino el Capitán Anderson, cortando en seco las risas del grupo—. Ahora cállate la puta boca y camina si no quieres que me encargue de tu culo personalmente.

El soldado se limitó a bajar la mirada a la tierra, no sin antes lanzarle un guiño malintencionado a Érika. El pelotón prosiguió la marcha, pero ella se quedó inmóvil. El Capitán Anderson se percató y se dirigió firme hacia ella.

—¿Qué te pasa, niña? ¿Quieres una piruleta? ¿O prefieres que llame a tu mamá? —le dijo Anderson con recochineo—. ¡Me importa una mierda y media lo que esté pasando por esa cabeza tuya! Estás aquí por voluntad propia, y si no eres capaz de hacer tu maldito trabajo y seguir caminando, vuelve a casa.

—Yo no tengo casa —contestó Érika en voz baja—. Y en cuanto a mi madre, puede probar a llamarla. No creo que bajo tierra le llegue la señal. Pero, ¿quién sabe? ¿Por qué no lo intenta, Capitán?

Érika levantó la cabeza y clavó su mirada en los ojos del Capitán Anderson. Fue entonces cuando el Capitán vio cómo el verde jade de los ojos de Érika se fue haciendo cada vez más brillante por el agua que los cubría.

—Al fin una muestra de humanidad —replicó Anderson tras unos segundos de pausa—. Ya pensaba que eras una de esas jodidas máquinas. Hoy en día… nunca se sabe. Anderson se giró y reanudó la marcha. Una lágrima cayó por el rostro de Érika a pesar del inmenso esfuerzo por contenerla. El Capitán había encontrado una vulnerabilidad que hasta ahora se había encargado de sellar a cal y canto. Érika se secó la cara con el antebrazo, vació sus orificios nasales y emprendió la marcha.

Pasada la jornada, el sol comenzó a desaparecer por el horizonte. Anderson ordenó detener la marcha y el pelotón comenzó a establecer el campamento. Lo normal era tener que adecuar el terreno, cortar las hierbas altas y retirar las ramas podridas, así como las rocas. Además tenían que rociar con repelente todo el perímetro del campamento si no querían que la fauna salvaje compartiera sus sacos de dormir. Pero esa tarde encontraron una amplia llanura, algo muy extraño tratándose de aquella zona selvática. Cuando las tiendas de campaña estaban montadas, el pelotón se juntaba en pequeñas hogueras donde comían y contaban historias sobre sus vidas antes de este trabajo, y sobre lo que les gustaría hacer al acabar. Érika ni siquiera intentó hacerse con su ración esa noche y se metió en su caseta directamente. Las tripas le rugían, pero intentaba no hacerles caso. Se metió en su saco de dormir, bocaarriba, y cerró los ojos hasta que se durmió. En la profundidad de la oscuridad vislumbró los enrojecidos ojos del Capitán Anderson mirándola fijamente, casi como si estuviera analizándola. El hermetismo con el que vivía se había visto comprometido, casi como si el Capitán hubiese descifrado la huella dactilar de su alma. Entonces notó un miedo gélido que no le habían hecho sentir ni las tormentas, ni el hambre, ni el enemigo disparando sus primitivas armas de fuego contra ella. De repente, volvió a ser aquella niña indefensa. Sintió de nuevo la presión sobre su cuello y sus muñecas, y un peso encima de su cuerpo le impedía moverse. Érika apretó hasta el último de sus músculos, pero no hacían diferencia. Cuando ya parecía que se iba a quedar sin aire, inspiró con violencia. Entonces inhaló y exhaló de nuevo varias veces hasta que sus pulmones se llenaron de oxígeno. Una vez recuperó el aliento, el resto de sus sentidos se fueron activando. Primero percibió el tacto de su cuerpo inundado en sudor, y después el olor a carne quemada al que ya estaba acostumbrada.

«Habrán cazado algo»

Por un momento se planteó salir de la tienda de campaña y comprobar si habían quedado sobras, como si de una hiena hambrienta se tratara. Pero entonces su oído se afinó, y comenzó a escuchar gritos que la dejaron intranquila. No era lo normal en mitad de la noche. Érika cogió el cuchillo de carbino con el que dormía, se calzó y se dispuso a salir de su caseta. Cuando abrió la primera lona de la tienda, un brillo intenso anaranjado invadió su rostro y la cegó temporalmente. Cuando abrió la segunda lona,

vio el infierno.

El campamento ardía, y los soldados corrían despavoridos intentando huir de las llamas en las que estaban cubiertos. Pero por rápido que lo hicieran, no podían dejarlas atrás. Las telas de sus ropas se fundían con la piel derretida, y las ampollas llenaban los cuerpos de arriba a abajo. Érika incluso observó cómo quedaban a la vista los huesos de brazos y piernas. Cuando intentó moverse para escapar, se dio cuenta de que no podía. Estaba paralizada de nuevo, como antes de despertar.

«Esto no puede estar pasando»

Fue entonces, dándose casi por perdida, cuando apareció un cuerpo de entre las llamas arrastrándose ante sus pies. El hombre intentó incorporarse agarrándose a las piernas de Érika. En ese instante observó cómo la piel de sus manos se pegaba a sus pantalones. En el momento en el que el hombre levantó la vista, una sonrisa espeluznante y unos ojos enrojecidos la miraron.

—¿Qué te pasa, niña? ¿Quieres una piruleta? ¿O prefieres que llame a tu mamá?

El rostro del Capitán Anderson se fue descomponiendo mientras mantenía aquella siniestra sonrisa, pero lo que vio tras ella no era hueso. En su lugar, un segundo rostro apareció.

—Érika…mi amor. No te rindas, no desistas. Recuerda quién eres.

La segunda cara se derritió a los pocos segundos de ser invadida por las llamas, que finalmente llegaron hasta Érika. Cerró los ojos, aguardando su final. Al hacerlo, el calor empezó a disminuir, el olor a carne quemada a desaparecer, pero seguía empapada en sudor. Odiaba no estar seca. Lo siguiente en desaparecer fueron los gritos, que se fueron transformando en sonidos similares a una bocina de emergencia. Sonaban a muy baja intensidad, pero cada vez lo hacían más altos y de manera continua. Érika pensó que había llegado ayuda, y abrió los ojos. Tras unos segundos mirando al techo de su habitación, silenció la alarma de su E-arm y se quitó los botellines de cerveza vacíos de encima. Miró a su derecha y vio a un hombre durmiendo a su lado. Se encontraba tumbado, dándole la espalda. Ni siquiera sabía quién era, aunque sí que le resultaba familiar su espalda y nalgas desnudas. Por un instante se quedó admirándolo. Entonces soltó un golpe brusco en el trasero del hombre.

—¡Eh! ¡Oye! ¡Despierta! —insistió Érika—. Vete al baño si quieres. Tienes tres minutos. Luego lárgate.

—Buenas tardes a ti también —respondió el extraño.

Érika salió de la cama y se dirigió a la nevera. Cogió la primera cerveza que encontró y quitó la tapa de la botella usando su dedo pulgar. Bebió y cerró la nevera con la pierna.

—Te quedan dos minutos —dijo Érika en tono hostil—. No querrás estar aquí cuando se agoten.

El desconocido se apuró a recoger su ropa y se dirigió a la puerta del apartamento.

—Que te den por culo, gilipollas.

El sonido del portazo retumbó en la cabeza de Érika. Sintió como si un martillo la golpeara de lleno. Terminó la cerveza y fue al baño. Se agachó frente al váter e intentó vomitar, pero no podía. Entonces usó sus dedos para provocarse el vómito, y una corriente ácida recorrió su esófago. Su E-arm comenzó a vibrar y cuando lo miró eran las siete de la tarde. El indicador de llamadas perdidas llegaba a ocho, y una novena estaba entrando.

—Aceptar.

—¿Érika? ¡¿Dónde cojones estás?! —dijo una voz enfurecida—. Tendrías que haber llegado hace hora y media, ¿pero qué coño te pasa? Me he dejado el alma para conseguirte esta oportunidad y está claro que te importa una mierda. ¿Sabes qué?, no vuelvas a llamarme. Guárdate tus putos créditos. No me merecen la pena.

Érika vomitó una vez más.

—Cálmate Josh, ya voy para allá. Y baja la voz, haces que me duela la cabeza.

—¡No me digas que me calme y que baje la jodid…!

Érika cerró la llamada. Se dirigió a la cesta de la ropa sucia y cogió lo primero que encontró. Se vistió, metió una toalla y dos cervezas en su bolsa de deporte y salió del apartamento. En la calle, paró al primer taxi que pasó por delante.

«Elija lugar de destino»

A Érika le desagradaba el sonido enlatado y metálico de los servicios públicos de la ciudad. Los primeros vehículos autónomos comenzaron a incorporarse a las vías cuando Érika apenas tenía unos meses. Al principio, se vieron como un gran avance para la sociedad, pero pronto

comenzaron a surgir problemas. Los vehículos incorporaban un avanzado sistema de inteligencia artificial que determinaba cómo actuar en caso de conflictos, percances, accidentes... Sin embargo, esto generó revuelo social ante la incógnita producida por el hecho de que la seguridad ciudadana estuviera en manos de una empresa privada. A los vehículos se sumaron los primeros androides autónomos para realizar las tareas más sencillas: limpieza, mensajería, recepción, restauración… Pero con el paso de los años y el perfeccionamiento de las máquinas, el Estado y las corporaciones privadas comenzaron a reducir el personal humano en favor del androide. Una mayor disponibilidad y fiabilidad eran sus principales bazas, así como un menor coste a largo plazo. Pronto aparecieron las primeras manifestaciones y revueltas. Los sindicatos de trabajadores vieron vulnerados sus derechos y acceso a puestos de trabajo en múltiples ámbitos de la sociedad. La tasa de paro se incrementó, pero tras la inversión inicial, el gasto público disminuyó. Como resultado, los precios cayeron y el nivel de vida aumentó exponencialmente y muchas personas ya no necesitaban trabajar para vivir. El dinero ahorrado por el Gobierno fue empleado para proporcionar prestaciones a los ciudadanos que se habían quedado sin trabajo a consecuencia de la revolución androide. Fue la manera perfecta de calmar a las masas al mismo tiempo que se potenciaban las relaciones con la empresa privada encargada de la tecnología.

—Estadio Julie's Memorial —dijo Érika—. Observó el panel táctil que tenía frente a ella, donde se mostraban las siglas "I. L.". El mismo logo corporativo figuraba en cada rincón de la ciudad. Transportes, restaurantes, hoteles, centros comerciales, estadios… En todos ellos figuraban las siglas de Industrias Lemaire. Érika navegó por el panel en busca del canal de noticias.

«…aunque finalmente los agentes del orden disolvieron con éxito la revuelta del grupo ecologista radical, cuyos miembros pasarán mañana a disposición judicial.»

Una melodía estridente dio paso a la sección de deportes.

« ¡Muy buenas tardes espectadores de Capital City TV! Comenzamos la ronda de hoy con el que sin duda será el acontecimiento de la semana en el mundo de las artes marciales mixtas. Nuestra campeona del peso ligero reaparece hoy tras casi un año de ausencia para poner nada más y nada menos que su Título en juego ante una joven promesa, que intentará arrebatarle el Anillo de Campeona. Sin embargo, nuestros compañeros reportan que el combate se retrasará de la hora prevista debido a que la aspirante al título no ha hecho acto de presencia. La organización ha emitido un comunicado oficial: "Se informa que el combate por el Título de Campeona del peso ligero se retrasa hasta las 20:00 horas de esta noche. En caso de no comparecer la contendiente, se le dará por perdido el

combate”. En otro orden de cosas…»

Érika cambió de canal. Pasó varios canales, pero no había nada que llamara su atención, así que dejó el canal musical durante el resto del trayecto y se limitó a observar a la gente que caminaba por la calle. Le gustaba jugar a imaginar cómo serían sus vidas, a qué se dedicaban, sus secretos inconfesables… o si eran felices. En ese momento comenzó a sonar una canción que despertó su interés. No era el tipo de música que estaba de moda en esos días, pero Érika guardaba un especial recuerdo de aquella canción. Su padre se la ponía a menudo. Y su abuelo a su padre. Érika pensaba que al menos había sacado algo positivo de la relación con su padre. No recordaba al autor, pero sí el título: Mad World. Y entonces la visión a través de la ventana de aquel taxi cobró un sentido aun mayor.

All around me are familiar faces

Worn out places, worn out faces

Bright and early for their daily races

Going nowhere, going nowhere

And their tears are filling up their glasses

No expression, no expression

Hide my head I want to drown my sorrow

No tomorrow, no tomorrow

And I find it kind of funny

I find it kind of sad

The dreams in which I'm dying

Are the best I've ever had

I find it hard to tell you

Because I find it hard to take

When people run in circles

It's a very, very… mad world…

Cuando la canción acabó, Érika se percató de que el taxi ya había parado. Al abrir la puerta, la música salió de sus oídos y dio paso al bullicio y al ruido. El gran letrero del estadio iluminaba de rojo toda la manzana. Cuanto más se acercaba a la entrada, más intenso se volvía el sonido y más nerviosa se ponía. El estómago le dio un vuelco, aunque no sabía si era causa de los nervios o de la cerveza. Érika rodeó el estadio hasta dar con la entrada trasera, donde le esperaba un hombre corpulento y con un peso nada saludable.

—¡A buenas horas, joder! Haz el favor de entrar al vestuario y cambiarte, tienes la ropa dentro —dijo Josh, evidentemente alterado—. Érika no devolvió respuesta alguna y se dirigió a los vestuarios. Mientras caminaba por los largos pasillos, el ruido dentro del estadio era tan fuerte que podía notar las vibraciones recorriendo todo su cuerpo. Escuchó al presentador anunciando su llegada al recinto y fijando el comienzo del combate en diez minutos. El público provocó una tormenta sonora. Al entrar al vestuario fue directa al retrete. Después de eso, su estómago se asentó, así que abrió su bolsa de deporte y se bebió otra cerveza mientras se ponía la ropa para el combate. Le costó subirse el pantalón corto de licra negra, y el top le apretaba tanto que casi no podía respirar. Dio un último trago, tiro la botella al suelo y se dirigió a la entrada de acceso al ring. Allí le esperaba Josh.

—Procura llevar el combate al suelo. Aunque igual la peste a alcohol que llevas la tumba en la primera ronda —le recriminó Josh. Érika soltó una carcajada.

—Tengo que admitir que esa me ha gustado —respondió Érika—. Pero me faltan unas diez cervezas para eso. Sabes que soy muy superior a ella, Josh. Tranquilo. Está todo controlado.

—No, Érika. Nada está controlado. Eres la luchadora más fuerte y más ágil con la que he trabajado nunca. Y a pesar de ello eres en la que menos confianza tengo. El trabajo, la dedicación, el sacrificio… todo ello supera al talento cuando el talento no lo da todo. Este es tu último tren, Érika. Cógelo…o tírate delante de él, pero haz algo con tu vida por una vez. Las palabras de Josh hicieron reflexionar a Érika por unos instantes, pero entonces la voz amplificada del locutor la desconcentró. Érika subió al

octógono, donde su rival la aguardaba.

« !CAPITAL CITY! ¡Va a dar comienzo la velada de esta noche que enfrentará a nuestras dos luchadoras en un combate épico! ¡En el lado rojo, con un peso total de 71 kilos y 500 gramos, la actual Campeona del peso ligero de artes marciales mixtas de Capital State, en posesión del Anillo de Campeona… KATLY HUNTER!

Érika aguardaba con ansia mientras se fijaba en la mirada violenta de su oponente. Dirigió su vista hacia la lona central, donde observó de nuevo las siglas "I. L.", y después hacia la grada. Los improperios del público asistente se mezclaban en una gran ola de odio, y los flashes de los E-arms de los asistentes la cegaban. Volvió a centrar su mirada en el suelo y cerró los ojos.

« ¡Y en el lado negro, con un peso total de 72 kilos, la aspirante al Título y Anillo de Campeona… ÉRIKA BLAKE! »

Entonces la campana sonó un total de tres veces y Érika abrió los ojos. El tren había salido de la estación.